



ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI

ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

UN LIBRO CONTRA EL ESPÍRITU GEOMÉTRICO: "¿HA MENTIDO PASCAL?"¹

Alfredo Franceschi

¿Quién no recuerda la distinción pascaliana entre el espíritu geométrico y el espíritu de fineza? Mientras unos penetran "viva y profundamente" las consecuencias de los principios y en el dédalo de los hechos tienen buena vista y no se pierden, otros son capaces de pensar los principios más abstractos y sacar de ellos sus consecuencias, en una deducción rigurosa. "Lo que hace que ciertos espíritus finos no

¹ Publicado originalmente en *Escritos Filosóficos*, Instituto de Estudios Sociales y del Pensamiento Argentino, Departamento de Filosofía, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 1968.

sean geómetras -dice Pascal (pensamiento 1, ed. Brunschvicg)- es que ellos no pueden de ningún modo dirigirse hacia los principios de la geometría; pero lo que hace que ciertos geómetras no sean finos, es que no ven lo que está delante de ellos, y que estando acostumbrados a los principios netos y groseros de la geometría, y a no razonar sino después de haber visto y manejado bien sus principios, se pierden en las cosas de fineza, donde los principios no se dejan manejar así... Son cosas totalmente delicadas y tan numerosas que se necesita un sentido hartamente delicado y neto para sentir las y para juzgarlas, según este sentimiento...”.

La crítica de lo que podríamos llamar la insuficiencia del espíritu geométrico se une en Pascal a otras de más alcances, sobre los límites del conocimiento matemático, y, en general, sobre los límites de la razón. En una época dominada por el matematicismo cartesiano, optimista y soberbio, ¡con qué vigor y sentido augural suenan las palabras de Pascal!: "Hay que decir globalmente: aquello se hace por figura y movimiento, pues es cierto. Pero decir cuáles, y componen la máquina, eso es ridículo. Porque es inútil e incierto y penoso. Y aun cuando fuera verdadero, estimamos que toda la filosofía no valdría una hora de fatiga" (pens. 79). ¡Y con qué sentido pleno y afectivo insiste en sólo cuatro palabras contra el cartesianismo!: "Descartes inútil e incierto" (pens. 78), inútil, porque aun siendo verdadera la construcción geométrico-mecánica del mundo, toda filosofía que llegara a este resultado no valdría una hora de fatiga. Incierta, porque los geómetras, tan orgullosos de sus principios y de sus deducciones, vuélvense ridículos ante un mundo de cosas cuya comprensión requiere espíritu de fineza.

¡Y cómo ha vivido Pascal en los siglos siguientes! Toda filosofía del sentimiento, sea ésta la de Rousseau o la de Jacobi, está como preformada en ese vaso de quintaesencias que son sus pensamientos. Y hoy más que nunca suenan sus palabras vivas, torturadas, polémicas, llenas de ese espíritu de autocrisis de una razón que se limita a sí misma.

*

Tengo ante mis ojos un libro de Jean Salvert, publicado este año, cuyo título: *¿Pascal a-t-il menti?*, podría hacer suponer que en él se debate el viejo problema de

cómo fue la fe de Pascal, o, si queréis de su supuesto pirronismo. Pero no es éste el contenido del libro. El autor, oficial de artillería, en un estilo colorido y lleno de interés relata algunos recuerdos de su vida como estudiante y luego como militar y combatiente en la gran guerra. Algo así como la clásica obra de Vigny, *Servidumbre y grandeza militares*, pero en un tono menor, más libre, y de una agradable vulgaridad, un poco desenfadada. Siguiendo acaso el precepto del propio Vigny, según el cual "cuando se habla de uno mismo la mejor musa es la franqueza", Salvert nos da un agradable conjunto de pequeños cuadros y agudas reflexiones impregnados de sinceridad, que, más que constituir una autobiografía, quieren ser una demostración en concreto de la tesis pascaliana sobre la insuficiencia del espíritu geométrico.

Hay, me parece, un matiz de originalidad en esta obrita. Hacer ver cómo la especialización matemática no sólo deforma nuestra facultad de razonar, sino que crea una modalidad sui géneris, una cierta "gaucherie" ante la vida: tal es el propósito de este autor, un poco enemigo de las matemáticas. Aclaremos, ante todo, con sus propias palabras el origen de su enemistad. "Llegué a ser bastante pronto un geómetra honesto, pero no pude ir más allá: hubiérase necesitado, para tener éxito, enjaular mi imaginación vagabunda, rendir un esfuerzo del que no he sido capaz. Fui admitido a visitar el templo y a admirar sus líneas, pero no hice ante el altar de la ciencia los sacrificios exigidos; y por lo mismo que amaba demasiado salir del santuario para respirar el aire abierto, el gran sacerdote fue sabio al cerrarme las puertas". Más brevemente y en lenguaje más directo: fue aplazado en su examen de ingreso en la Escuela Politécnica.

Lo que hay de original en este libro -dejando de lado, por supuesto, otros aspectos que tienen un positivo interés- es la descripción de la vida de tantos jóvenes sometidos a la férula de una educación rígidamente matemática. Algo así como (recordando otra vez a Vigny) la *servidumbre* y la *grandeza* del espíritu matemático, o, más especialmente, la deformación profesional de la Escuela Politécnica.

Ya se sabe lo que significa para los franceses este altísimo instituto. Haber sido alumno del politécnico es un título de orgullo: "*Ancien élève de l'Ecole Polytechnique*", ponen en su tarjeta o en la primera página del libro, ingenieros y hombres de ciencia.

Y bien: presentar a este hombre -el politécnico- verdadero y mejor representante del espíritu geométrico, en su visión optimista, ingenua y miope, verlo actuar en la vida; combatir en concreto aquel espíritu, tal es el objeto de Jean Salvert. Habla por la herida, se dirá; y así es, en efecto, creo yo. Pero eso no impide que la justificación indulgente de su fracaso haga pensar cosas bien meditadas al novicio expulsado del templo. Las duras pruebas que debe cumplir el alumno del politécnico, sus horas de arduo estudio; la majestad de un sistema de símbolos esotéricos, cuya eficacia para penetrar mil aspectos de lo real es innegable; las cualidades de rigor, de perfección formal, de universalidad, de objetividad -tan propias de las matemáticas-, todas estas cosas crean en él una admiración estática hacia la diosa, un orgullo profesional muy pronunciado y -esto es lo malo- una manera de razonar y ver y actuar inhábil ante las cosas de fineza, ante los sentimientos y los hechos de la cultura. Salvert describe al politécnico, y en esto está acaso su venganza: oye sus opiniones, lo juzga en su carácter, lo ve vivir en el amor, en la profesión, en las diversiones, y en la terrible experiencia de la guerra mundial y de la postguerra. Y convertido un poco en sociólogo y acicateado por el amor de su Francia y de su ejército, hace ver las consecuencias sociales, políticas y económicas del espíritu matemático-mecánico. Tales son los propósitos de este oficial enamorado de las bellas letras y de las cosas finas de la cultura. Tales sus reflexiones en el ocio forzoso de su actual vida militar. "Sueño a menudo sobre estos problemas de nuestro tiempo, paseando a caballo los días en que no hay maniobras y en que puedo disponer de una parte de la mañana. En las puertas de nuestra ciudad se extiende una zona de terrenos arenosos cubiertos de bosques de abetos y de landas. Fértiles praderas ponen sus claras manchas de verdura sobre el tono oscuro de los abetales y pequeñas casas de campo aisladas se disimulan en los bosquecillos de castaños centenarios. En las horas frescas de las mañanas una ligera bruma se levanta de la hierba húmeda y adorna este paisaje con un exquisito encanto. Es la hora divina de los jinetes..."

Y así el oficial de artillería, cumplidos ya sus cuarenta años, piensa ahora en cosas graves; piensa sobre todo en su ejército, aquel que ha combatido durante la gran guerra; y en este otro, el de hoy, expectante frente a los destinos trágicos de Europa. Y bajo la égida de sus dos grandes espíritus tutelares -Pascal y Vigny- encuentra el

sentido de su libro. “Yo lo escribo –dice- con la esperanza de que el espíritu geométrico no ahogará, so color de cientificismo moderno, la fineza galicana. Desde hace años el dinero reina como señor; parece como que la hipertrofia del capitalismo hubiera conducido al mundo a una situación sin salida, que llevará, sin duda, a los hombres a reflexionar y a volver sus aspiraciones, del triunfo sobre la materia a las potencias del espíritu...”.

"Pascal no ha mentido –agrega- cuando ha opuesto espíritu geométrico y espíritu de fineza. Hay en la vida valores que no se miden y que son de un orden superior”.

*

En lo que a mí respecta, en este libro vivido y sincero, como justamente lo califica el propio autor, oigo una voz más dentro de una muchedumbre de voces contra la tiranía de una interpretación matemática del mundo. Admiramos hoy más que nunca el *Discurso del método* de Descartes, o la *Ética* de Spinoza, o el *Sistema del Mundo* de Laplace, o la paciente y afiligranada red lógica de la Logística. Son manifestaciones máximas del poder del hombre y han servido de guía y lo serán siempre; pero globalmente, "en gros", según el pensamiento de Pascal; y toda vez que las refiramos a las cosas que de un modo u otro sean reducibles a la extensión. Fuera de esta esfera y de aquella precaución, es pedantesco, inútil e incierto el uso de las matemáticas. Ya Goethe, con la autoridad inmensa de su genio, puso en guardia al pensamiento contemporáneo contra la tiranía del número. Los matemáticos mismos, mucho de los cuales tienen no sólo el espíritu geométrico, sino y muy intensamente el espíritu de fineza, saben muy bien cuáles son los límites de su ciencia, cuándo es legítimo investigar principios de deducción y en qué esferas de la realidad, en cambio, hay que tener una vista clara y un corazón efusivo. Salvert nos dice que "el matemático no tiene antenas". La frase es justa en conjunto, gremialmente, diríamos; injustísima mirando a muchos grandes matemáticos: el trágico Pascal, el finísimo Poincaré, el impetuoso Galois.

Como quiera que sea, es útil esta presentación concreta del especialista en matemáticas. Símbolo humorístico del espíritu meramente geométrico, carente de

toda fineza, podría ser este refrán que, según nos dice Salvert, canta "le Taupin", miembro de una gran cofradía de estudiantes:

Le "Taupin" ría qu'une maitresse:

L'inconnue de son équation...